





# **PASANDO FATIGAS**



# PASANDO FATIGAS

Un hilarante viaje  
por la fiebre del oro

MARK TWAIN



*INTERfolio*



## ADVERTENCIA DEL AUTOR

*El contenido de esta obra es sencillamente una narración personal, no una historia grandilocuente o una disquisición filosófica. Es la narración de varios años de trotamundos, y tiene como único propósito el de proporcionar al fatigado lector una excusa para matar el tiempo, en lugar de abrumarle con la metafísica o de hastiarle con la ciencia. No obstante, este libro no carece de informes, pues los hay en especial relacionados con una interesante época de la historia del Lejano Oeste, acerca de la cual no se ha compuesto todavía ninguna obra, es decir, no lo ha sido por personas actoras y espectadoras de los acontecimientos. Me refiero al comienzo, gestación y apogeo de la fiebre de las minas de oro en Nevada, curiosísimo lapso de tiempo, singular en su género y único, tal vez, en el futuro.*

*Es verdad que, considerado en globo, mi libro está henchido de informes. Me apena en grado sumo que así sea, mas no he podido evitarlo. Los informes rebosan de mi persona sin que yo logre impedirlo. En ocasiones, daría mi mano derecha por poder reservar para mí mis observaciones. Pero es inútil. Por más alquitrán que dé a mis fuentes de información con el fin de impermeabilizarme, la prudencia se me hurta con mayor empeño.*

*Por lo tanto, no pudiendo recurrir a la justicia del lector, acudo sólo a su indulgencia.*



*Mark Twain  
realizó su viaje en pos  
del oro, entre Saint Louis, Misuri  
y Virginia city, Nevada, en algún momento  
entre 1856 y 1865.*

*En principio, había planificado un viaje de ida y vuelta de tres  
meses de duración que incluía una pequeña estancia en compañía de  
su hermano.*

*Finalmente, y tras un surtido sorprendente de tribulaciones, reco-  
rrió cerca de 3000 km durante seis meses.  
En la actualidad, esta distancia podría cubrirse en tren en unas  
30 horas*



## CAPÍTULO PRIMERO

*Mi hermano es nombrado secretario de Nevada. — Envidio sus aventuras futuras. — Me instituye su secretario privado. — Soy totalmente feliz. — A punto en una hora. — Sueños y visiones. — El Missouri. — Un barco maravilloso.*

Mi hermano había sido nombrado secretario de Nevada, puesto de tanta trascendencia, que incluía a la par el cargo de tesorero, contable, secretario del Estado y gobernador sustituto en ausencia del gobernador efectivo. Para remate, magnificencia y carácter novelesco de su nueva situación, recibiría un sueldo anual de mil ochocientos dólares y el apelativo de «señor Secretario».

Yo era, por aquel entonces, joven e ignaro y, por ende, envidiaba a mi hermano. Verdad es que envidiaba su esplendor financiero y político, pero más aún, con especial ahínco, el largo y poco frecuente viaje que habría de realizar para encaminarse a la sede de su flamante cargo, así como el mundo nuevo y fantástico que debería recorrer. ¡Un viaje!... Yo no había salido jamás de nuestro hogar y tal vocablo encerraba para mí un hechizo y fascinación incontrastables.

No tardaría en estar a centenares y más centenares de kilómetros de distancia, en llanuras y desiertos, en las montañas del Oeste. Contemplaría bisontes, vería indios, perros de las praderas, ciervos. Intervendría en toda suerte de aventuras y aun, tal vez, permitiría que le ahorcasen o arrancasen su pericráneo; viviría las mejores horas de su existencia y después, como un héroe, nos escribiría describiéndonos todo eso. Visitaría las minas de oro y plata y quizá una tarde, al pasearse después de abandonar su oficina, cosechase en un talud un saco repleto de pepitas de oro o de barras de plata.

Se enriquecería, volvería a casa por vía marítima y charlaría como si tal cosa de San Francisco, del océano y del istmo, como si fuera asunto de cada día enfrentarse con todo aquello.

La pluma se resiste a exponer lo que yo padecí al ser testigo de su buena suerte. Por esta razón cuando, con toda la sangre fría del mundo, me propuso el cargo de secretario privado suyo, no es de extrañar que yo creyese que el cielo y la tierra se desplomaban y que todo el firmamento se enroscaba como un cartucho de papel. Poseía todo lo deseable.

Mi satisfacción era total. Una hora más tarde estaba preparado para marchar. Nuestro equipaje debía ser muy

somero, pues habíamos de ir en diligencia desde el límite de Missouri a Nevada y se aceptaban muy pocos bultos.

El ferrocarril del Pacífico estaba en la nada en aquella época dorada. No existía ni un solo carril.

Mi proyecto era estar en Nevada únicamente tres meses, ver allí todo lo fuera de lo corriente y regresar a mi casa y a mi trabajo. No tenía la menor idea de que aquellos tres meses de solaz se convertirían en seis o siete años interminables.

Estuve soñando toda la noche con pieles rojas, planicies y lingotes de plata. A la mañana siguiente, embarcábamos en un vaporcito, surto en el puerto de Saint Louis, desde donde remontaba el Missouri.

Tardamos seis días en hacer el trayecto entre Saint Louis y Saint Joseph. Fue el viaje tan tedioso, tan aletargador, tan desprovisto de incidentes, que mi memoria no conserva más recuerdo de él que si hubiera durado seis minutos. No persiste en mi imaginación más huella que una turbamulta borrosa de troncos de árboles de apariencia amenazadora, sobre los cuales hacíamos pasar tranquilamente una u otra rueda del vapor; escollos contra los cuales chocábamos y de los que nos alejábamos en busca de un lugar más blando; bancos de arena en los que nos empotrábamos de vez en vez, como en busca de descanso, hasta que requeríamos las muletas —la pértiga— para salir del atolladero.

En realidad, el vapor hubiera podido llegar a Saint Joseph por tierra firme, ya que, empleando un medio desconocido, caminaba casi siempre, escalando escollos, trepando por los troncos de árbol y andando a cuatro patas por los bajos todo el día, sin que se agotasen su tenacidad y lentitud ejemplares.

El capitán aseveraba que su barco era maravilloso; sólo le faltaban una rueda de tamaño más grande y algo más de bríos. Yo forjé la teoría de que lo necesitado por el buque eran unos zancos pero, con honda sabiduría, me abstuve de exponerla.

## CAPÍTULO II

*Arribada a Saint Joseph. — Once kilos de impedimenta. — Despedida a los guantes de cabritilla y a los trajes de etiqueta. — Armados hasta los dientes. — El «Allen». — Una arma bromista. — Nos convencen de que adquiramos una mula. — Lista de objetos de lujo. — Abandonamos los Estados. — Nuestro vehículo. — Correo para las pieles rojas. — Un guiño y una catástrofe. — Una esfinge moderna y la recepción que nos dedicó. — Una simpática ternera.*

La misma noche en que arribamos a Saint Joseph, nos dedicamos, como primera providencia, a investigar y a descubrir el paradero de las diligencias, donde reservamos billetes. Nos costaron ciento cincuenta dólares por barba hasta Carson City, Nevada, por derrotero terrestre.

Al despuntar el alba del día siguiente, engullimos atropelladamente el desayuno y nos encaminamos al lugar de la partida. En él quedamos enfrentados con un obstáculo al que habíamos prestado una atención somera: la imposibilidad de hacer pasar una voluminosa maleta de viaje por una impedimenta de más de once kilos, porque es fácil descubrir

el excedente de peso. Y veinticinco libras era el tope de lo que se nos dejaba llevar. Hubimos, pues, de arrojarlos sobre nuestras maletas, abrirlas y proceder a una precipitada selección. En una sola maleta juntamos las cincuenta libras de ambos y remitimos la otra a casa con las sobras. La separación fue dolorosa, pues nos encontraríamos sin guantes de cabritilla, sin levitas para las espléndidas recepciones en las Montañas Rocosas, sin sombreros semejantes a chimeneas, sin botas de charol, en una palabra, sin ninguno de los artículos imprescindibles para quien aspira a una existencia descansada y serena.

Hubimos de contentarnos con un pertrecho de guerra. Nos embutimos en un traje de lana tosca, con una camisa militar de franela y botas de pionero, guardando en la maleta varias camisas blancas, ropa interior y objetos de aseo. Mi hermano, el secretario, llevaba unos dos kilogramos de leyes de los Estados Unidos y otros tres de Diccionario Completo porque, en nuestra candidez, ignorábamos que tales cosas se adquieren en San Francisco y a las veinticuatro horas ya están en Carson City.

Yo iba armado hasta los dientes con un enternecedor, insignificante y diminuto Smith de siete tiros, del calibre idéntico al de las grageas homeopáticas; era necesario apretar siete veces el gatillo para que la dosis fuera de adulto. Mas a mí se me antojaba un arma letal, cuyo único inconveniente era la imposibilidad de hacer blanco disparando con ella. En cierta ocasión, uno de los mayores de la diligencia la utilizó contra una vaca; mientras la bestia estuvo inmóvil, no corrió ningún riesgo, pero al empezar a menearse, se convirtió en un blanco inseguro y el proyectil la alcanzó.

El secretario llevaba revólver al cinto. Era un Colt de calibre pequeño, que le serviría de defensa contra los pieles rojas, pero al que, por precaución, para evitar posibles accidentes, no había cargado.

El señor Jorge Bemis era lúgubrememente terrorífico. Jorge Bemis era nuestro compañero de viaje. Llevaba un antiguo y auténtico «Allen», a los que las personas irrespetuosas llaman «molinillos de café». Bastaba apretar el gatillo para montar el arma y hacer fuego. Cuando el gatillo retrocedía, el percutor se alzaba y el tambor daba vuelta, momento en que el percutor se desplomaba y disparaba. Apuntar con el tambor en acción y lograr blanco era una proeza jamás vista en el mundo. Sin embargo, el revólver de Jorge era de confianza pues, como más tarde aseveró uno de los mayores, si no hacía el blanco propuesto, atinaba otro. Y así era. Un día hicimos fuego contra un naipe fijado en un tronco y el proyectil fue a parar a una mula que se hallaba a unos treinta pasos de distancia a la izquierda. Bemis se hizo el desentendido en lo de la mula, mas su propietario se aproximó con una escopeta de caza de dos cañones, y no sé qué argumentos emplearía, pero la verdad es que le convenció de que adquiriese el desgraciado animal. Aquel «Allen» era una arma muy bromista. En ocasiones, brotaban los seis tiros a la vez y ningún bicho viviente estaba a salvo, se encontrase delante o detrás del revólver.

Estábamos provistos de dos o tres mantas para defendernos del cierzo del monte. En lo que se refiere a objetos de lujo, fuimos de una modestia suma, pues nos redujimos a llevar unas pipas y dos kilogramos de tabaco. Poseíamos dos tremendas cantimploras para el agua y una bolsita repleta

de monedas de plata para los gastos cotidianos de comida y cena.

Todo estaba apercebido a las ocho de la mañana y nos encontrábamos a la otra parte del río.

Subimos a la diligencia, el cochero restalló el látigo y comenzamos a rodar por la carretera, dejando a nuestras espaldas los Estados. Era una mañana estupenda y el sol refulgía y hacía refulgir todo el panorama. Una fresca brisa barría todas las preocupaciones y responsabilidades. Poco nos faltó para creer que los años pasados en la ciudad, viviendo en casas resguardadas y tibias, en el centro de quebraderos de cabeza y de ligaduras sin término, fueron años perdidos, derrochados.

Marchábamos por el estado de Kansas. Hora y media más tarde, entrábamos en las grandes llanuras. El terreno era ondulado —una vasta cadena de cuevas y pendientes hasta perderse de vista—, semejante al majestuoso océano tras una tempestad. Por doquier avistábanse trigales, dando una pincelada enérgica con sus retazos de verde oscuro a la inmensidad tapizada de hierba para pastos. Pero el océano no tardaría en serenar sus olas y se prolongaría durante mil doscientos kilómetros, tan liso como la palma de la mano.

Nuestro vehículo se zarandeaba en todos los sentidos: de atrás adelante, de derecha a izquierda. Era una diligencia de postas, del género más refinado, una especie de cuna provista de cuatro ruedas. La arrastraban seis caballos. Sentado junto al carrero, iba el mayoral, primero de a bordo en la embarcación terrestre, cuyas funciones consistían en hacerse cargo del correo, los paquetes, los recados y los viajeros. En aquella ocasión, los viajeros sólo éramos tres. Nos sentamos en el

interior, en el asiento trasero. El resto del coche estaba casi abarrotado por las sacas de correo, pues llevábamos el de tres días atrás, que se había retrasado. Pegado casi a nuestras rótulas, se alzaba, de suelo a techo, un paredón de efectos postales. Sobre el techo, en el exterior, había otro montón fuertemente sujeto por correas. La diligencia acarreaba mil doscientos cincuenta kilogramos de cartas.

—La porción menos importante es para Brigham, Carson y Frisco —explicó el mayoral—, pero la mayoría es para los indios, cuyo trabajo no consiste más que en leer sermones.

En aquel momento, su rostro experimentó una horrible conmoción, como si un guiño hubiera sido sepultado por un terremoto, y todos barruntamos que su frase tenía el propósito de ser chistosa, dando a entender que nos sería posible librarnos de nuestra balumba postal en cualquier paraje de la llanura y abandonarlo a los pieles rojas o al primer transeúnte.

De quince en quince kilómetros relevábamos los caballos —durante la primera jornada— y volábamos más que corríamos por un camino compacto y llano. Así que la diligencia se paraba, saltábamos a tierra para estirar las piernas, gracias a lo cual la noche nos pilló frescos y alegres.

Después de cenar, apareció una mujer que vivía unos ciento treinta kilómetros más allá, y tuvimos que irnos turnando en el pescante, entre el cochero y el mayoral. A todas luces, aquella mujer no era ni pizca comunicativa. Estando sentada a la luz del crepúsculo, contemplaba reconcentradamente a un mosquito que le picaba en el brazo, levantaba poco a poco la mano libre y soltaba un manotazo



capaz de hacer vacilar a una vaca. Luego, con la tranquila satisfacción que proporciona el triunfo, estudiaba en silencio el cadáver. Era infalible; su tiro era mortal de necesidad. No apartaba los cadáveres, sino que los dejaba en su brazo como cebo. Al lado de aquella espantosa esfinge, le vi poner fin a la existencia de treinta o cuarenta mosquitos, esperando, lo que no ocurrió, que dijera algo. Por último, decidí hablarle en vista de su silencio. Le dije:

—Los mosquitos de aquí son muy pesados, señora.

—¡Ya lo puede decir!

—¿Qué dijo?

—¡Ya lo puede decir! —y habiendo roto el hielo, se encaró y expuso:

—Así me lleve el diablo, si no empezaba a creer que eran sordomudos. ¡Condenación! Me entretenía matando mosquitos y diciéndome que les ocurría a ustedes. Para comenzar, sospeché si serían sordomudos, después si estaban enfermos, chiflados o algo por el estilo y finalmente, poco a poco, llegué a la convicción de que eran un hatajo de imbéciles que no sabían qué decir... ¿De dónde vienen?

¡La esfinge había dejado de ser esfinge! Los manantiales de su elocuencia se habían deshelado y dio suelta a las nueve partes de la oración, por decirlo así, durante cuarenta días con sus cuarenta noches, y nos hundió en un aniquilador diluvio de facundia trivial, que cubrió todas las cumbres donde buscar amparo de aquel caos desolador de gramática alterada y de fonética arbitraria.

Padecemos, padecemos, padecemos. ¡Dios mío, cuánto padecemos! Prosiguió parlotando hora tras hora, hasta el punto de que me arrepentí de todo corazón de haber susci-

tado el tema del mosquito y de haberlo puesto sobre el tapete. No cesó hasta que llegó a su destino, al alborar, y al saltar del vehículo nos zarandó (en aquel momento estábamos dando cabezadas), y nos animó:

—¡Eh, muchachos! ¡Apéense en Cottonwood, estén allí un par de días y les alcanzaré para que tengan a alguien con quien conversar y distraerse durante el viaje! Es posible que les aseguren que siempre he sido arisca y silenciosa... Verdad es, lo soy, pero sólo cuando tropiezo con bribones y haraganes, pues una muchacha ha de serlo, si quiere ser algo. Mas cuando encuentro a personas que son de mi pelaje, creo un deber que me consideren una ternera muy amable, ¿no es eso?

Decidimos no aguardar en Cottonwood.

### CAPÍTULO III

*«Se ha roto una sopanda». — Correo bien distribuido. — Sueño agitado. — Una liebre asnal en meditación y en movimiento. — El moderno Gulliver. — La salvia. — Abrigos nutritivos. — La precaria suerte del camello. — Aviso a los experimentadores.*

Una hora y media antes del alborar, corríamos suavemente por el camino. Tan suavemente, que nuestro coche se balanceaba imperceptiblemente con un dulce vaivén aletargador, que nos metía poco a poco en el sueño y nos entorpecía la percepción, cuando algo cedió bajo nuestras personas. Lo notamos de una manera vaga. Pero continua-

mos indiferentes. Paró la diligencia. Oímos que el mayoral y el cochero hablaban en el exterior y que buscaban una linterna con ayuda de tremendos juramentos. Fuera lo que fuere, la cosa no nos concernía, y acrecentaba nuestro bienestar el pensar en los que, en medio de la noche helada y tenebrosa, trabajaban mientras nosotros permanecíamos cómodamente acurrucados en nuestros nidos, con las cortinas corridas y las mantas encima.

Pero por último, después del vocerío, los dos hombres determinaron estudiar el vehículo. Y he aquí que el cochero estalló:

«¡Maldición!... ¡Se ha roto una sopanda!»

Esto me alarmó del todo, como suele suceder cuando se tiene conciencia de un abrumador infortunio.

«Una sopanda... —dije para mí. Una sopanda... Debe de tratarse de alguna parte vital del caballo, pues la voz del cochero descubre su honda inquietud. Tal vez una pata. Pero, ¿podría quebrarse una pata corriendo por un camino tan llano? Imposible; no se trata de una pata. No puede haberse la roto, a menos que la haya utilizado contra la cabeza del cochero... ¡Caramba! ¿Qué será la sopanda de un caballo?... Bueno, fuera lo que fuere, he de procurar no poner de manifiesto mi ignorancia.»

En aquel preciso instante, el cochero introdujo su cabeza por la esquina de una cortina levantada y su linterna iluminó la cordillera de sacas de correo y nuestros tres cuerpos.

—Caballeros —nos anunció—, es necesario que desciendan un segundo. Se ha roto la sopanda...

Nos apeamos siendo recibidos por una lluvia glacial y penetrante y en seguida nos sentimos desamparados y tristes.

Cuando me enteré que la sopanda eran las correas gruesas y anchas empleadas para suspender la caja del coche, acusé al cochero:

—En mi vida vi una sopanda tan desgastada como ésta. ¿Cómo se ha roto?

—Pues... que han querido meter en un solo coche el correo de tres días, ni más ni menos. Suerte que nos hallamos en el mismo lugar que consta en la dirección de los periódicos remitidos a los indios para que se mantengan quietos y pacíficos. Ha sido una suerte enorme, pues si la sopanda no se hubiera roto, con una noche tan constitucionalmente oscura, hubiera pasado de largo por él sin darme cuenta.

Pese a que las tinieblas no permitían distinguir su cara, barrunté que estaba elaborando una de sus célebres muecas. Le deseé una rápida curación y me incorporé con los que estaban descargando las sacas de correo. Edificamos con ellas una espléndida pirámide al borde de la carretera. Recompuesta la sopanda, medio atiborramos el vehículo, pero dejamos la baca totalmente vacía.

Entonces, el mayoral alzó los asientos traseros y llenó hasta la mitad, de punta a rabo, el vehículo con los paquetes postales. Ante esto, que nos dejaba sin asiento, protestamos con energía; pero el mayoral, más sensato que nosotros, arguyó que era preferible tener cama que asiento, amén de que tal colocación de las sacas protegía las sopanda. Tras esto, no quisimos reclamar asientos. La muelle cama era superiormente aconsejable. De consiguiente, pasé un día delicioso tumbado en aquel colchón de sacas de correo, saboreando el Estatuto y el Diccionario, con gran curiosidad por enterarme que sería de los héroes.

El mayoral anunció qué, luego que llegase a la próxima posta, expediría a un guardia para hacerse cargo de las sacas abandonadas, y reemprendimos la marcha.

Apuntaba el alba. Al alargar nuestras piernas, víctimas de tenaces calambres, al poder tumbarnos sobre los sacos, y al contemplar por las ventanillas los océanos de hierba, sobre los que se cernía una bruma fresca y como pulverizada, y en los que nacía hacia Oriente una incipiente perspectiva, nuestra intachable dicha se materializó en un éxtasis sereno.

La diligencia rodaba a una velocidad vertiginosa. El viento hacía restallar las cortinas de las ventanillas y nuestra cuna se mecía voluptuosamente en todas las direcciones; el balanceo del vehículo, el trote de los caballos, el chasquido del látigo del cochero y sus alaridos eran música celestial. El terreno discurría ante nosotros, los árboles se sucedían lanzándonos callados ¡hurra! para quedarse luego, a nuestras espaldas, sumidos en la admiración, en la envidia o en cualquier otra cosa. Así, acostados, fumando apaciblemente nuestra pipa, parangonábamos los años pasados en las aburridas ciudades con el placer que entonces sentíamos y comprendíamos que no hay en el mundo más que una completa y perfecta felicidad, que nosotros habíamos descubierto.

Habiendo desayunado en una posta, cuyo nombre he dado al olvido, trepamos a la vera del cochero y cedimos nuestro lecho al mayoral para que descabezara un sueño. Aletargado por el sol, me acosté paulatinamente en la baca, agarrándome a la barandilla de a palmo que la rodeaba y dormí cosa de una hora. Esto dará una noción de cómo eran aquellas carreteras incomparables. Cuando el coche da un

bandazo, el que duerme se ase instintivamente de los barrotes, pero si sólo le acuna, no precisa entonces de agarradero alguno.

Era costumbre de los conductores de la línea dormir una media hora o cuarenta minutos sin interrupción, y sin cambiar de sitio, mientras la diligencia iba lanzada a una velocidad de veinte a veinticinco kilómetros por hora. Yo he presenciado muchas veces. No existe en ello peligro, pues en caso de bache siempre se agarran a tiempo. Los mayores y los cocheros, a causa de su trabajo excesivo, sufrían la imposibilidad de mantener los ojos constantemente abiertos durante todo el enorme viaje.

Atravesamos Marysville, cruzamos el Big Blue y el Little Sandy y penetramos en Nebraska un kilómetro y medio más allá. Después, llegamos al Big Sandy, a doscientos noventa kilómetros más allá de Saint Joseph.

A la puesta del sol, vimos el primer ejemplar del animalito que, desde Kansas al Pacífico, en tres mil kilómetros de montañas y desiertos, es conocido por el nombre familiar de liebre asnal. El nombre le sienta al pelo. Es parecido a todos los conejos, con la diferencia que es un tercio o el doble más grande; la longitud de sus patas es adecuada a esta proporción y posee las orejas más estrafalarias de que ha disfrutado ser alguno, salvo el asno. En reposo, sentado, sus majestuosas orejas son visibles a distancia, tal vez porque medite sus pecados, quizá porque esté soñando o porque no tema ningún peligro; mas basta la rotura de una ramita para darle un susto mortal y, entonces, echa las orejas atrás con ademán medroso y parte como una saeta hacia su escondrijo. Durante un momento, lo único que de él se ve es su silueta gris, tensa

por el esfuerzo, alargada y a toda velocidad, con la cabeza engallada por entre las jaras, la mirada fija, echadas levemente atrás las orejas, pero descubriendo constantemente su posición como si de las velas de un barco se tratase. De vez en vez, da un maravilloso brinco por encima de los zarzales, que haría morir de envidia a un corcel. Después, baja por una pendiente larga y suave y, misteriosamente, se esfuma. Está escondido detrás de un brezo, donde permanece apercebido y azorado, hasta que el enemigo se halla a dos metros de distancia, momento en que vuelve a dispararse a la carrera. Si deseáis verle correr con el corazón en las patas, haced fuego contra él una sola vez. Absolutamente asustado, sus orejas le rozan las espaldas y se extiende como vara de pañero en cada ocasión que salta, devorando kilómetro tras kilómetro con una indiferente facilidad totalmente encantadora.

Nuestra carrera, como dijo el mayoral, hizo «acelerar» a dicho ejemplar. El secretario le hostigó con su Colt, yo me puse a escupirle con mi revólver, cuando, precisamente, toda la carga del viejo «Allen» se disparaba con gran estruendo. Puede asegurarse, sin pecar de exagerado, que el conejo fue acometido de un frenesí. Dejó desplomarse sus orejas, alzó la cola y emprendió el camino de San Francisco a una velocidad que sólo puede ser descrita como un rayo seguido de un eclipse. Estaba lejos de nuestros ojos y aún oíamos el rehilar de su huida.

No recuerdo en qué lugar encontramos el primer breñal de salvia, pero ya que lo he mencionado es justo que lo describa. No es cosa muy difícil. El lector puede imaginar una mata de salvia si logra concebir un roble, secular y nudoso, cuya talla fuese de unos setenta y cinco centímetros,

rugosa su corteza, sus hojas, sus ramas entreveradas, así como sus demás partes. A menudo, durante las soporíferas horas de la siesta, me he echado de bruces al suelo, con el rostro bajo una salvia, entretenido en figurarme que los mosquitos que zumbaban entre las ramas eran aves liliputienses, y que yo era un ciclópeo vagabundo de Brobdignac, país adonde fue a dar con sus huesos Gulliver.

La salvia es una exquisita miniatura del grandioso soberano de la selva. Su follaje es de un verde argénteo que se difunde por el llano y la montaña. Su perfume es el de la salvia doméstica y la infusión de sus hojas es idéntica a la que los niños conocen de sobras. La salvia es planta muy rústica, y medra en la arena o entre las rocas, donde ningún otro ser del reino vegetal puede vivir, salvo el *bunchgrass*<sup>1</sup>

Las matas nacen a unos dos metros de distancia entre sí, en todos los desiertos y montañas occidentales, hasta la frontera californiana. En el desierto no hay otra vegetación, ni ninguna especie de árboles, durante centenares de kilómetros, salvo las matas de salvia. Son lo único que posibilita en el desierto las hogueras de los campamentos y las comidas calientes. Su tronco tiene el grueso de la muñeca de un niño, aunque en ocasiones alcanza el tamaño del brazo de un hombre, siendo

---

1 *El bunchgrass crece en las yermas laderas de las montañas de Nevada y terrenos contiguos, y es un excelente pasto para el ganado, incluso en lo más riguroso del invierno, para lo cual basta apartar la nieve y descubrirlo. A pesar de lo poco agradable del país donde crece, el bunchgrass es un alimento mejor y mucho más nutritivo para el ganado vacuno y caballar que casi todos los demás pastos conocidos. (N. del T.)*



sus retorcidas ramas la mitad de espesas que el tronco, de madera dura, sana, excelente, muy semejante a la del roble.

Al levantar el campamento, cortar tronco de salvia es lo primero que ha de ser hecho. En unos pocos minutos se logra tener una respetable pila. Después, se practica en la arena un hoyo de treinta centímetros de ancho por sesenta de profundidad, se pone la salvia en él y se le prende fuego, permitiendo quemarla hasta que el agujero quede lleno de brasas. Entonces, ya es posible empezar a guisar, sin humo, lo que quiere decir sin juramentos ni peleas. Una hoguera de esta clase viene a durar casi toda la noche, sin que apenas precise ser alimentada; es un fuego que despierta la sociabilidad, en torno al cual los más absurdos recuerdos parecen lógicos, instructivos y entretenidos.

La mata de salvia es un excelente combustible, pero como vegetal en sí es un auténtico fracaso. Nadie puede paladear su sabor, salvo el asno y su hijo espúreo, el mulo. Pero el parecer de estas bestias acerca de su valor nutritivo es de valor nulo, pues también comen antracita, piñas, recortes de latón, tubos de plomo, botellas rotas y, en fin, todo lo que cae al alcance de sus dientes. Después de engullir tales objetos, os contemplan con la misma placidez que si hubieran devorado ostras.

Los mulos, los asnos y los camellos disfrutaban de un apetito que se entretiene con cualquier cosa, pero que nada harta. Una vez, estando en Siria, cerca de las fuentes del Jordán, un camello echó el ojo a mi abrigo, mientras plantábamos las tiendas. Lo estudió detenidamente, fibra tras fibra, hasta hacerme sospechar que quería encargarse uno igual. Después de haberlo considerado desde el punto de

vista de la indumentaria, púsose a examinarlo desde el punto de vista de artículo nutritivo. Colocó las pezuñas sobre el abrigo, arrancó a dentelladas una de las mangas, la mascó, tornóla a mascar y la deglutió poco a poco, parpadeando durante todo el tiempo que duró la ingestión, sumido en una suerte de arrebató místico como si en toda su existencia no hubiese probado una cosa tan sabrosa como un abrigo. Relamióse varias veces y escogió la otra manga. Probó después el cuello de terciopelo y tuvo tal sonrisa de aprobación y alegría, que me percaté de que pensaba que aquel bocado era el más exquisito de un abrigo. Luego, tragó el resto del manjar y, finalmente, un postre compuesto de unos cartuchos de revólver, higos de Constantinopla y azúcar cande.

Advirtió algo más tarde que contiguo al abrigo había un montón de libros y de notas —mis notas de periodista— y quiso hincarles el diente; eran cartas para los periódicos de mi país. Andaba por terreno espinoso. Lo primero que encontró entre aquellos papelotes fueron unas cuantas cuartillas de una plúmbea gravedad que le pesaron mucho en el estómago y, de tarde en tarde, pellizcaba en algún chiste, que estaba en un tris de desencajarle las mandíbulas. Aunque su situación comenzaba a ser apurada, se mantuvo erre que erre, con valor y esperanza, hasta que acometió a un lugar lleno de tales afirmaciones, que ni aun un camello podía deglutirlas sin protesta. Sentíase abrumado, sofocábase, se le desorbitaban los ojos; le fallaron las patas delanteras, que se abrieron, y un cuarto de minuto más tarde, se desplomaba, quedando tan rígido como un banco de carpintero, y rindió el último suspiro tras una agonía atroz.

Al quitar el manuscrito de la boca de aquel sensible animal, comprobé que le había asfixiado uno de los relatos más endeble y triviales que he ofrecido a un público confiado e incauto.

Bueno; como decía cuando me he visto apartado del tema, se encuentran en ocasiones salvias de casi dos metros de altura, con ramas a ella proporcionadas, pero lo corriente es que no midan más de un metro.

#### CAPÍTULO IV

*Preparamos la cama. — Los ataques del Diccionario Completo. — Una estación. — Nuestro cochero, grande y magnífico dignatario. — Sitio raro para un jardín. — Comodidades. — Retratos dobles. — Una herencia. — Un digno huésped. — Lujos y comodidades. — Un exilado. — El slumgullion. — Una mesa bien servida. — El huésped se sorprende. — Etiqueta en la comida. — Mulas mejicanas montaraces. — Diligencia y ferrocarril.*

Nos preparamos para pasar la noche al caer el sol y al levantarse la brisa nocturna. Probamos a disponer las pétreas sacas de cuero de la correspondencia y los rasgados sacos de los impresos (rasgados por los cantos de libros y revistas que oprimían la lona) y los colocamos de manera que el lecho obtuviese el mejor nivel posible. ¡Lo conseguimos!... A pesar